

RETIRO DE FIN DE AÑO EN LA ERMITA DEL MONASTERIO DE LA DEHESA

30 de diciembre de 1972

Viniendo en avión desde Mendoza y sobrevolando el mundo misterioso, al mismo tiempo amenazante y magnífico de la Cordillera, se destaca nítidamente el cordón de montañas que a la altura de Santiago se separa perpendicularmente del macizo central para avanzar en sucesivas cumbres decrecientes hacia el gran valle ocupado por la capital de Chile. Esta cadena de contrafuertes tiene su punto más alto en el cerro Manquehue (“lugar de águilas” en lengua indígena) y en él se divide en dos brazos desiguales: el más corto, formado por las alturas de Lo Curro y del cerro Alvarado, que en ángulo agudo retorna en dirección a la cordillera central y el más largo, que prosiguiendo varios kilómetros hacia el Oeste termina en el cerro San Cristóbal, casi en el corazón de la ciudad. Entre el macizo cordillerano, el Manquehue y su prolongación más breve que es el cerro Alvarado, está enclavado el hermoso valle de La Dehesa, nombrado así desde los primeros tiempos de los españoles, en razón de los caballos y las mulas que pacían en él y servían de relevo para el tránsito cordillerano. Al pie de la alta y rocosa pirámide del Manquehue y en una posición que recuerda la del monasterio de Santa Catalina a los pies del Sinaí, se encuentra el monasterio trapense de Nuestra Señora de La Dehesa, rodeado de los fértiles campos que el tesón de sus monjes ha hecho surgir en poco tiempo en un paisaje grandioso, pero, antes de su llegada, árido en gran parte.

Ningún lugar podía ser más apropiado para franquear en silencio y retiro el umbral del año 1972 hacia el 73. Los monjes me habían facilitado amablemente una de las tres ermitas que rodean el monasterio. Quisiera que esta evocación fuera una sincera aunque insuficiente señal de mi agradecimiento hacia ellos y hacia mis propios superiores que me permitieron este alejamiento temporal de las filas fraternas.

Es el penúltimo día de un año particularmente agitado para la patria, a las cinco de la tarde. El automóvil que me había levantado en el camino y traído hasta las cercanías del monasterio, se aleja rápidamente y me quedo solo en el camino polvoriento. Siento inmensa gratitud hacia todos los que me han posibilitado el respirar estos aires de Dios y hacia los monjes que me brindan esta jornada de feliz apartamiento, bajo un cielo promisoriamente azul, surcado por algunas pocas nubes vaporosas, estivales. Camino hacia el monasterio, maletín en mano, incorporado ya a la comarca y al viento seco que agita los cardos secos y polvorientos del campo. Observo cientos de pequeños bacrácidos que saltan por el camino en busca de un charco. La plazoleta ante el monasterio con su banco circular debajo de un maitén, está vacía. No se divisa un alma en los alrededores de la casa. En la capilla la lucecita roja junto al sagrario arde tranquilamente. Junto a las ventanas abiertas del coro, el rumor de los álamos, como un suave agitarse de papeles. Me detengo un rato, después paso a la hospedería, igualmente deshabitada y silenciosa. Comienzo a mirar los letreros en las puertas de los cuartos de huéspedes y al fin descubro mi nombre. Entro en la celda limpia y despejada y confiadamente comienzo a repartir mis cosas en los anaqueles, sobre la mesa, cuelgo mi ropa en los ganchos. Cruzo de nuevo el antejardín y me siento en un banco de la capilla. Por las ventanas abiertas penetra la brisa fresca del atardecer y junto con ella el murmullo irregular de las hojas de los álamos. Al toque de la campana aparecen los monjes uno tras otro, en hábito de trabajo, marcados por la fatiga del esfuerzo estival, rojos, quemados por el sol, con brazos y rostros bronceados, todos figuras viriles, algo rudos en apariencia. Pero cuando entonan la alabanza vespertina, las inflexiones de sus voces son delicadas, casi demasiado retenidas. Su oración lenta, pausada, sin ningún asomo de premura hace que la participación sea fácil. Me parece que vibro con ellos y que oro con una felicidad que no sentía hacía tiempo, lleno de gratitud y gozo

espiritual.

Terminadas las vísperas y saludado discretamente por el hospedero, pasamos al refectorio, donde sin mayores ceremonias cada uno agarra su plato y desfila por la cocina para servirse su porción de comida. Después volvemos al refectorio, tomamos asiento y comemos en silencio. Por la ventana veo que la mole inmensa del Manquehue está ya sumida en las sombras del atardecer. Hay reflejos de luz sobre las rojas baldosas del suelo. Paz, consuelo, alegría...

Terminado el alegre lavado y secado de los platos y cubiertos hay tiempo para el rezo tranquilo de un rosario, caminando entre quillayes, maitenes, cardos y espinos, exentos ya de calor, liberados de la compañía humana, agradecidos del anochecer benigno en el Chile querido.

31 de diciembre de 1972

La campana tañe a las 3,15 de la noche y un cuarto de hora más tarde comienzan las Vigilias nocturnas, En la capilla sólo arde la lamparilla roja junto al tabernáculo. En la penumbra distingo los hábitos blancos de los monjes, sumidos en callada adoración. Me apresuro a incorporarme a sus filas. Dada la señal todos se levantan y cantan la plegaria: “Señor, abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza”. Según la tradición cisterciense sigue la antifona mariana con su oración. La luz eléctrica se enciende recién cuando comienzan los salmos. Es la vigilia del último día del año que rezamos con el corazón distendido, pues todo se hace en medio de una gran tranquilidad y paz, con largas pausas de silencio entre salmo y salmo, de modo que la oración personal pueda vivificar continuamente la oración comunitaria y la mente logre concordar con lo que dice la voz.

Terminadas las vigilias los monjes se quedan rezando en diversas partes de la capilla o haciendo su *lectio* en la sala de lecturas. Como sé que no aguantaré tanto como ellos regreso a mi celda y me tiendo de nuevo en la cama, pues deseo estar con la mente despejada para la oración de la madrugada. Despierto a las seis con gran clamor de pájaros. Hago mis ejercicios delante de la ventana abierta y me empapo de aire fresco, de la vista de la Cordillera, sumida en penumbras moradas y celestes, enteramente matutinas y ante todo del canto festivo de las aves,

A las 6.30: *Laudes* y Misa. Por las ventanas abiertas del coro penetra en oleadas la brisa reconfortante y el canto de la naturaleza agreste; el salmo de adentro se mezcla con el de afuera, el canto modulado del hombre con la sonoridad múltiple e inocente del mundo inferior. La fe nos dice que hay aquí una tercera alabanza: “Delante de los ángeles tañeré para ti” (*Sal* 137). Decididamente: nada hay comparable a los amaneceres en los monasterios. Es la riqueza secreta de los monjes, que comparten sólo con los obreros del alba y que la mayoría de los hombres desconoce o desdeña. Ellos, en cambio, viven el día desde sus raíces, saben que cada luz tiene su adviento y aprenden así a amar el presagio en vista de la palabra definitiva. Aquí pues, y una vez más, somos testigos del triunfo de la luz, conocemos la fuerza del alba y palpamos el altivo silencio de los Andes.

Pienso, en la acción de gracias, que el año se acaba y que dentro de poco subiré a la montaña, a la ermita, a recibir el nuevo año en el silencio de Dios. No, no erramos cuando consagramos toda nuestra vida a Dios, teniendo acceso a su tesoro, pudiendo vivir con Él y compartir su soledad y plenitud. Es mi principal pensamiento y sentimiento en este fin de año: la alegría de ser religioso no se me ha gastado en tantos años, no se ha dejado contagiar por tantos desfallecimientos, antes bien pienso que se ha tornado más intensa. A pesar de todos los fracasos y todas las decepciones. No, no lo haré como la mujer de Lot; puesta la mano en el arado no miraré hacia atrás.

El sol ya está muy alto cuando emprendo por fin la subida al cerro de la ermita, cargado con mis cosas y diversos instrumentos de trabajo. El sendero sube por laderas de pasto seco, entre

espinos y rocas. Después de media hora llego al lugar en que se eleva la modesta construcción de madera, una media-agua de dos pequeños cuartos: consta de un lugar de estar y dormir y una reducida capilla. Hay dos ventanucas y una puerta. La capilla tiene un pequeño altar de piedra y un crucifijo de madera de espino. Hay un nicho para poner un tabernáculo: lo traje conmigo del monasterio y lo instalo de inmediato. Esta soledad no habrá de carecer de comunión.

Son las doce del día, hay un sol esplendoroso y una fuerte brisa que lo torna soportable. Comienzo por limpiar los alrededores de la ermita de gran cantidad de maleza seca, que, además de pecar contra la belleza del lugar, constituye un material inflamable, altamente peligroso para la casita de madera. Quiero tener todo limpio y ordenado para el gran fin de año y la venida del huésped eucarístico. La ermita está rodeada de un bosquecillo de litres, quillayes y espinos no muy altos, entre los cuales se encuentran diseminados grandes peñascos. La vista desde la ventanuca de la capilla es sobrecogedora: abarca todo el macizo andino, con sus diversas cumbres de nieves eternas: el Plomo, la Paloma, el Altar y más a la izquierda el Cerro Blanco, que sólo en invierno conserva su nieve. A mis espaldas tengo el Manquehue, gigantesco cono de rocas y arbustos, que me separa eficazmente de la ciudad. Es el antiguo “lugar de águilas” de los indios, mudo compañero mío y reloj de sol para mis jornadas de ermitaño pasajero.

A las dos preparo el almuerzo, después de haber ido a buscar agua al arroyo de la quebrada. Todo aquí es vida elemental: llenar con agua la damajuana, hacer un pequeño fuego entre dos piedras, poner encima unos hierros con el tacho para calentar el agua. Lagartijas verde-azules se escurren entre las rocas; libélulas de alas transparentes y cuerpo color turquesa rozan en un fugaz susurro las aguas brillantes del arroyo; lentos coleópteros trepan por entre el ramaje; me siento unido a estos hermanos furtivos de mi soledad.

¡Qué espléndida es mi mesa debajo del quillay! Sólo que el viento amenaza con llevarme el mantel de saco de harina que me obsequió una monja, junto con algunas conservas y sus oraciones. Hay un plato con pan de centeno, queso, una taza con té azucarado, una naranja, un pedazo de pan dulce con pasas, obsequiado por los hermanos trapenses. Como con ganas, sorbiendo el té de cuando en cuando y gozando la vastedad de mi incontaminada comarca montañesa.

Opto por un amplio maitén de acogedoras sombras como lugar para la siesta: proyecto una buena vigilia de año nuevo y para ello necesito estar muy despierto; quiero orar con la mente lúcida y sobria, dejar de lado toda ensoñación. Pero antes de ponerme en posición horizontal, rezo Nona con exultación. Me acuesto bajo el maitén sobre una gruesa capa de hojas secas que me sirven de colchón. Antes de dormirme contemplo aún el cielo radiante que se asoma irregularmente por entre las ramas agitadas por el viento y pienso que quizás sólo en Chile pueda uno extenderse despreocupadamente en el suelo, sin temor ni de nocivas humedades, ni de insectos y sabandijas malignas. Ya lo hacía notar el P. Ovalle en su *Histórica relación del reino de Chile*. Por eso me duermo bendiciendo a Chile, o mejor, al Señor que derramó su creatividad más benevolente cuando creó este lugar de la ancha tierra.

Después de un tiempo indefinido -pues en la alejada montaña los horarios no son algo extrínseco, sino el resultado de la propia decisión- despierto con la sensación de que hay que hacer algo, de que hay que transformar en intensa celebración toda esta última tarde del año que se escurre. El viento sigue sacudiendo el ramaje de mi bosquecillo, anulando así el rigor del calor estival. Estas mutuas correcciones de los factores climáticos me parece algo muy americano. Así como en los países andinos la altura sobre el nivel del mar enmienda en favor del hombre las leyes de su tórrida latitud, creando extensas regiones de permanente primavera, así en esta región el viento que regularmente se levanta al mediodía disipa el asedio del verano.

Sigo soñando con los ojos despiertos, con los brazos cruzados bajo la nuca, mirando el agitado follaje del maitén y a través de él los siempre cambiantes retazos del cielo azul. En mis días de retiro no tengo método más rápido y eficaz para entrar en oración que echarme debajo de un

árbol y alzar la vista. No es por azar que Buda tuvo su iluminación bajo un árbol. Desde niño los árboles me han ayudado a orar. Recuerdo que en mi infancia tenía mi asiento secreto en lo más alto de un árbol y allí trepaba para leer y rezar.

Por fin sacudo mi ambiguo misticismo (porque hay una pesadez en mis miembros que me lleva a sentir desdén por toda actividad) e inicio el quehacer de esta última tarde de 1972 con los misterios dolorosos del rosario. Es posible caminar a pleno sol, porque el viento sigue soplando. Recorro lentamente, rosario en mano, la pequeña meseta que se extiende detrás de la ermita. Sobre el pasto seco flotan indecisas infinitas mariposas y se oye el zumbido de abejas y moscos. De trecho en trecho emergen de la yerba amarillenta grandes rocas, algunas tan perfectamente cuadradas que parecen esperar solamente el ser utilizadas como altares. Nubes enteras de flores de cardo surcan velozmente el límpido cielo. El seminario del que se desprenden tantas estrellas vegetales es el cardo, cuya hosca y espinuda vegetalidad culmina en una flor grande y azul en forma de estrella. Aquel azul metálico armoniza admirablemente con el amarillo y anaranjado de la flor de amancay, que también crece abundantemente en estas laderas.

Terminado el rosario retorno a la ermita y me instalo junto a la mesita bajo el amplio quillay para leer, y hacer varios trabajos escritos, único tributo que decido pagar en este retiro a mi actividad corriente. De improviso me percato de que la cumbre del Manquehue, luminosa durante todo el día, con el tesoro austero de sus rocas, sus espinos y sus cactus, se ha sumergido en sombras. Instintivamente nace en mí un inexplicable temor, como si necesitara siempre montañas iluminadas para poder vivir. Corro a buscar mi librito de Completas y mientras el sol se acerca cada vez más a las cimas resplandecientes de los cerros, entono el tradicional himno:

“A ti, Señor del universo,
en esta noche suplicamos
que venga tu bondad de Padre
a bendecir nuestro descanso”.

El canto de miles de aves transforma la despedida del día y del año en un concierto cósmico. Es como si el tiempo, antes de expirar y de diluirse en eternidad, quisiera expresarse por última vez en un estertor de alabanza.

Esto sucede alrededor de las ocho de la tarde. Entonces, oculto ya el sol, se desarrolla durante una hora, hasta las nueve, una sobrecogedora y grandiosa liturgia de silencio. Todos los pájaros enmudecen como por una misma señal; cesa el zumbido de los insectos y la agitación del viento; desaparecen libélulas y lagartijas y el cielo empalidece gradualmente. En esta pausa universal en que el mundo parece contener el aliento, comienza a destacarse el quedo murmullo del arroyo, sofocado durante el día por los múltiples sonidos de la naturaleza. El retenido rumor de las aguas entre los guijarros de su lecho no cesará durante toda la noche hasta el amanecer. En la vastedad cada vez más nocturna resuena el melancólico llamado de la lechuza. Hay una sola palabra para lo que sucede alrededor de mí: recogimiento. El Creador recoge sus dones, esparcidos en el brillo del día para el gozo de los humanos, los retira de este mundo y los guarda en el gran silencio nocturno. Es este el tiempo sagrado después de Completas en que según la Regla de San Benito: “A nadie se dará licencia para hablar de nuevo a otro de cosa alguna” y debe ser así entre hombres que se adaptan al ritmo de la naturaleza.

En el Oriente las tinieblas van escalando silenciosa e inexorablemente la maciza fortaleza de los Andes. Mientras contemplo cómo también las lejanas cumbres del cerro Plomo, cuyas nieves inaccesibles durante largo rato han relucido ensangrentadas por el crepúsculo, ahora se apagan y se mitigan de noche, un terror mezclado de maravilla me invade lentamente. Como el hombre de la edad de piedra me siento desamparado sin el sol y el fuego y por más que me esfuerzo por desbaratar racionalmente ese fantasma no logro deshacerme del todo de su amenazante presencia.

Al hacer en la mañana en el monasterio los preparativos para el retiro en la montaña, el Hermano Benito me había dicho, refiriéndose a la experiencia anacorética, que él había vivido a menudo: “Oh, es algo maravilloso y terrible”.

Ahora comprendo lo de “terrible”. Me siento inmensamente solo, desprovisto de todo amparo. Hay un terror elemental en mí; pero no es miedo simplemente, sino un temor mezclado de admiración y de deseo de adoración, algo como debieron haber sentido Abraham y Moisés ante Yahvé. Poco a poco prevalece la adoración sobre el miedo y el espíritu se torna enteramente vigilante, como si hubiera tomado una droga azteca. El recogimiento, la atención a lo divino, es total.

Entro a la ermita, cierro puerta y postigos y enciendo dos velas en el altar y una tercera junto a mí. Ya el silencio es dueño de todo, dentro y fuera de mí y puedo comenzar el rezo de la gran vigilia: salmos, lectura, responsorios, himnos, oraciones, como en el monasterio. Pero todo eso va sumergido en un potente flujo espiritual, en medio del cual los versículos de los salmos emergen como piedras dentro de un torrente. No necesito preocuparme de nada; debe ser el Espíritu que intercede por mí con palabras que yo no sé formular. No hilvano palabras, no construyo frases, casi no reflexiono. Esto no tiene nada que ver con éxtasis o con ensoñamiento; no hay divagación: todo es sobriedad, atención, vigilancia.

Las humildes paredes de tabla de mi capilla, relucen y hay un resplandor basilical en todo. Palpo la dicha de ser religioso, la inmensa felicidad de haberme consagrado al que por ser la bienaventuranza en persona la comunica sin cesar. Tantos hombres a estas horas están esperando el Año Nuevo entre necias musiquillas, fieramente dispuestos a beber y gritar hasta el agotamiento. Pero yo antes estaba en lo mismo... No soy mejor que ellos; pero ha ocurrido que la Misericordia me apartó para ser maravillado testigo de sus bienes. Hago lo posible por compartirlos con otros, pero me doy cuenta que si ellos no han percibido el llamado a su vez, poco les sirve mi mensaje.

Mientras rezo así, interrumpiendo los salmos o las lecturas con excursos de plegaria libre, oigo, lejanísimo, el detonar de los cohetes y petardos que en el mundo anuncian la llegada de 1973. Después apago las velas, me desvisto y caigo cansado sobre la dura cama anacorética. Me arde la espalda quemada por el sol; pero todo eso no importa. Escucho algunos compases de la nocturna música del arroyo y luego me duermo.

1 de enero de 1973

Una vaga claridad penetra por las rendijas de mi ermita y ya los zorzales, las diucas y tencas están en plena actividad. Salto de mi colchón de paja, abro la puerta y me enfrento con la estrella del alba, fulgurante sobre el cielo morado. La vastedad cordillerana se halla sumergida en casta frescura matinal. Esta es el alba que tantos hombres no ven, ni oyen, ni sienten, porque están cansados y dormidos después de la fiesta de medianoche. Es la madrugada del primer día, el origen mismo de un nuevo tiempo. Enciendo el fuego en la explanada frente a la ermita y su chisporroteo acompaña mi alabanza matutina de *Laudes*.

Después extendiendo una frazada en el suelo y hago los ejercicios de tipo yoga que aprendí en el *Camino del silencio* del P. Dechanet. No me imagino que los hago en forma perfecta, ni que domine siquiera medianamente las diversas posturas. Pero así y todo, el beneficio es grande. Nunca había hecho estos movimientos pausados, acompañados de inspiración y expiración medidas, como ahora, a cielo descubierto. En ellos se vive de manera intensa la concordancia entre lo corporal y lo espiritual. El cuerpo toma conciencia de su dignidad de vaso e instrumento de expresión de la vivencia espiritual y el espíritu siente al cuerpo y toda materia como algo hermano, como su lengua y salida al mundo de lo tangible. Este efecto reconciliador es aún más fuerte si en el aire que llena nuestros pulmones y nos colma de vida fresca reconocemos una

imagen del aliento divino, el Espíritu Santo. Me parece que los ejercicios de yoga, por la importancia decisiva que le atribuyen a la respiración son especialmente aptos para establecer la proximidad con el Espíritu Santo, sopro divino que vivifica al hombre. También he hecho la experiencia que si durante los ejercicios se repite en voz baja algún versículo del Evangelio (tomado por ejemplo, de la Misa del día) -siempre el mismo-, éste se graba hondamente en la memoria y mucho tiempo después, al leer o escuchar de nuevo aquel Evangelio, el versículo meditado durante los ejercicios se destaca nítidamente del resto del texto. ¿Por qué la gimnasia meditativa no es una práctica más generalizada en los monasterios católicos? Contribuiría sin duda a hacer más seria y profunda la meditación diaria.

Terminados los ejercicios el cuerpo queda en calor y disponibilidad y la mente está despierta, vigilante y con una gran capacidad de concentración. Rebotante de esta alegría de vivir bajo al arroyo, lleno la damajuana de agua fresca y me lavo en una de las menudas cascadas que se forman entre las rocas. Estoy suficientemente preparado para la primera Misa del año, en la capilla de la ermita. Abro el postigo de la ventana frente al altar y en ese preciso instante emerge el sol radiante y cálido, sobre las cumbres andinas. En un segundo la pobre cabaña de Dios se torna en un palacio de claridad. Celebro con absoluta calma y gozo, vuelto hacia la luz mañanera, que permite distinguir el vuelo de miles de pequeños insectos. Ninguna urgencia pastoral, ninguna impaciencia ajena, ninguna señal de reloj apremia los gestos y las palabras con que hace tantos siglos la Iglesia celebra la perfecta glorificación de Dios y la más eficaz santificación del hombre que es la Misa. El *Confiteor* puede calar más hondo que de costumbre, las lecturas pueden ser complementadas con la meditación silenciosa, la oración de los fieles puede explayarse, el prefacio recoger aún más motivos de acción de gracias fuera de los que prevé el texto. Sé que el sacrificio de Cristo tiene una invencible fuerza redentora, cuya aplicación depende en gran parte de la convicción y de la fe con que el sacerdote lo celebra. Hago lo que está dentro de mi limitada humanidad para que esta plenitud tenga lugar y no se malogre. Y realmente, una Misa así, enteramente liberada de la presión de horarios, vivifica por mucho tiempo la celebración cotidiana. Después de la comunión me siento en el banquito frente al altar para la pausa de acción de gracias y un largo rato después vuelvo al altar para resumir todas las plegarias en la Oración después de la Comunión. Todos los seres que recuerdo reciben la bendición final de esta Misa sin fieles.

Desayuno como un lord inglés en la mesita que he sacado al aire libre, tomando el té que he calentado sobre la pequeña fogata. Después del aseo de la ermita puede comenzar una activa jornada. No ha pasado nadie hasta ahora y el silencio se va arraigando cada vez más en mi alma. Sólo abro la boca para alabar a Dios y rezar. Me siento rey de esta agreste comarca, todo es de mi Padre y todo está a mi disposición. Lo suyo es mío y yo soy de él.

El silencio no se improvisa. Ante todo no es un vacío, sino que es algo que se forja, que se desarrolla, que crece desde adentro, y se hace cada vez más presente a medida que transcurre el tiempo. Su fruto se hace sentir con el paso de las horas. Según mi experiencia los primeros síntomas de los efectos terapéuticos del silencio se comienzan a sentir al atardecer del primer día de soledad. La mañana, en cambio, aún estará llena del vano bullir que arrastramos con nosotros, aunque no abramos la boca. Callar entonces no es una privación sino un privilegio. El poder pasar el primer día del año en silencio completo, con la excepción de los momentos de alabanza, es una dicha creciente.

Hechas todas las calladas diligencias del orden de la mañana me puedo sentar a leer. Leo largo rato, levantando de cuando en cuando la vista, como para asimilarme a la montaña inmutable; observo los grandes pájaros que giran alrededor de la cumbre del Manquehue, aprovechando las corrientes de aire que se forman en las cercanías de la cima. Pienso en todos los que pierden esta mañana vivificante, recuperando el sueño de una noche chillona, en que en medio del reventar de los petardos y el ulular de las sirenas se desearon y se imaginaron todo lo que el nuevo año les podría traer. Pienso también que es la única mañana silenciosa en la gran ciudad. Nunca, ni de día ni de noche, ese gran ser viviente que es la ciudad se libra de sus propios tormentos,

engendrando sin cesar ruidos letales y gases, nubes de polvo, brumas artificiales y humo. Sólo el 1 de enero en las primeras horas del día hay como una tregua universalmente respetada. Los buses se deslizan vacíos por las avenidas desiertas, las persianas se ven cerradas por todas partes, no hay nadie que forme colas frente a las tiendas. A esta universal quietud me uno ahora desde lejos, sabiendo que lo que la ciudad volverá a perder dentro de pocas horas, yo lo podré retener dentro de mí y lo podré volver a vivir cuantas veces me decida por seguir el ejemplo de los monjes.

Pero al mismo tiempo siento que los monasterios deberían ser más fieles al tesoro sagrado del silencio que les ha sido confiado. ¡Qué grandes espacios interiores se podrían abrir una vez que cesara el afán de la boca, de los labios! ¿Por qué será esta una verdad tan ignorada? Y a veces incluso es impugnada con nerviosa irritación.

2 de enero de 1973.

De ninguna manera pretendo que mi anacoretismo diletante sea una imagen fiel de la verdadera vida eremítica. Enaltecido interiormente por la experiencia de estos días de secesión de mis actividades normales, no pierdo, sin embargo, el sentido de las proporciones. La vida eremítica es una cumbre austera, que vislumbro sólo de lejos, una plenitud compuesta de muchas privaciones, una dicha y al mismo tiempo algo difícilmente soportable para el que no ha sido llamado a ella. Con todo, si algo comprendo en este retiro es que la vida monástica partió de esa experiencia inicial y que para mantenerse viva debe retornar constantemente a esa fuente. Pacomio, Basilio, Benito presuponen la experiencia de Antonio y no puede haber cenobitismo y fraternidad duraderos si no se levantan sobre el amor a estos orígenes. Muchos intentos generosos de una nueva fraternidad han caducado o se han consumido por no tomar suficientemente en cuenta que Jesús fue empujado por el Espíritu al desierto antes de su actividad pública.

Ayer en la tarde decidí hacer la alabanza vespertina en una de las cumbres que rodean al Manquehue. La penuria de la ascensión en pleno mediodía, por el lecho seco de un arroyo de montaña, entre rocas y la espinada vegetación del yermo me parecía un factor favorable para que aquella excursión adquiriese un poco el aire de peregrinación penitencial. Sin ser sociólogo ni economista, ignorante de los secretos de la vida política, como simple cristiano uno se peca sin embargo que una manera de conducir la cosa pública como la que actualmente se practica en Chile en las esferas gubernamentales, necesariamente llevará a la catástrofe, no sólo a los promotores de tales acciones, sino también a todos los demás. El odio desencadenado desde arriba, la constante contraposición de unos contra otros que se fomenta con voz sonora y un frenesí irracional que se proclama “revolucionario” por la fuerza de las leyes históricas tendrá que producir tormentosas reacciones. Nada puedo hacer frente a la sangre que se avecina, sólo puedo postrarme y gritar *Kyrie eleison* por mi patria. Gandhi en medio de las luchas políticas observaba siempre religiosamente su lunes de silencio. Yo no puedo ofrecer nada mejor en medio del siniestro carnaval en que estamos envueltos. Por eso llevo en el seno de esta felicidad el recuerdo de todo el mal que como un látigo apocalíptico ha caído sobre nosotros, y ese recuerdo, llevado ante el Señor, se hará oración.

Fue esta intención lo que animó mi ardua subida, mientras el sudor me corría por la espalda y empapaba mi camisa. Si al principio había querido llegar hasta la cima para avizorar desde allí las comarcas de los legendarios caciques Vitacura, Apoquindo y Tobalaba, convertidas ahora en barrios de la capital, muy pronto tuve que rebajar mis aspiraciones a una meta menos ambiciosa.

Pero de todos modos la plataforma rocosa en la cual me detuve después de unas dos horas y media de ascensión, permite una vista majestuosa sobre el valle de La Dehesa y Las Condes. Nada me nació más espontáneamente que postrarme por entero sobre el suelo pedregoso para cumplir el oficio más noble del hombre que es la adoración. Pocas veces me he sentido más a

mis anchas; sentía que era lo que más me correspondía en aquel momento y en toda mi vida. Si en el Islam o entre los monjes de Oriente todavía se ha conservado esta expresión corporal, la más plena del hombre orante, nosotros los occidentales la hemos relegado al olvido, al rincón de las cosas extravagantes, y para practicarla hay que buscar el desierto o la montaña. Con eso no hemos hecho más que mutilar nuestra propia oración y empobrecer la liturgia. Pero en aquella hora vespertina estaba libre de aquel respeto humano, pues sólo me veía Aquel que entendía bien lo que con ese cuerpo-a-tierra intentaba comunicarle. Quiero subrayar que en aquel momento, postrado el cuerpo sobre la piedra aún caliente, con la espalda secándose al sol y al viento, con la brisa refrescando mi cabeza y mis manos, observando al levantar la vista de cuando en cuando el vuelo de las grandes aves que trazaban serenos círculos en la vastedad cordillerana, no me sobrevino nada especial, nada que pudiera calificarse de fenómeno, ningún movimiento extraordinario. Sólo se me soltó la lengua y pude rezar confiadamente, lípidamente, sin que se agotara el tema de aquel alto coloquio.

Hoy, cuando todo ese gozo pleno ha pasado, convirtiéndose en un tesoro escondido para el resto de mi vida, me esforzaré en poner sobre el papel algo de lo que en aquellas vísperas del primer día del año me fue dado decir. La diferencia entre lo que hoy escribo y lo que ayer viví es como la que media entre un concierto dirigido por Herbert von Karajan y una descripción oral que alguien intentara hacer posteriormente de él. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo de aproximación. No obstante, me parece que vale la pena consignar todo esto por escrito, a fin de que una vez más se sepa que estas cosas *existen* y que por ellas la vida terrena recibe todo su valor. Así quizás también otros se animaran a pedir los dones de Dios y sabrán entonces de qué se trata y, siendo muchos los invitados al banquete, se disiparán algo las tinieblas y la pesadez del tiempo presente.

Alabanza de Dios en las primeras vísperas del año 1973.

Ven Espíritu divino para levantarnos de lo humano, Espíritu de vida y fecundidad que renuevas lo estéril; Espíritu de amor que quitas de nuestro corazón el desprecio; Espíritu de caridad y comprensión que derribas toda división.

Acude a nosotros, Espíritu de fuego, a encender nuestra tibieza, a consumir nuestros desechos, a purificarnos de la escoria; Espíritu del bien, reconfortante como un amigo, presencia amante, servicial testimonio de que el Padre nos ama; Espíritu de consuelo que deshaces el gesto amargo, desautorizas la tristeza, desmientes la fábula del mal.

Acércate a nosotros, menguados de vida, destituidos de todo éxito, fracasados en mil empeños, envanecidos con valores que no lo son, mecidos en ilusiones, enfermos de nuestros sueños. Invádenos, ola del gran mar y deshaz nuestros baluartes de arena, cubriéndolos con espuma de eternidad. Resuena, onda sonora del inconmensurable espacio de Dios; que el mensaje de la santidad inaccesible se vuelva cercano por ti.

Fuerza de bondad, revélate, para que aparezca la vanidad del afán de dominio y de la idolatría del poder; que se amansen en tu vigor los ánimos frenéticos de mandar. Epifanía del imperio de Dios, persuádenos a todos de obediencia y mansedumbre, Espíritu de servicio, de fraternal ayuda, de deferencia, circula entre nosotros. Dedo, mano, brazo del Altísimo, indica, apoya, levanta. Sé nuestra señal para salir de Egipto y dejar la casa de servidumbre y el horno de hierro y el país de Cam. Viento de libertad, impulso eterno, aire y soplo de Dios, aliento del Padre, dinamismo del Hijo, dispersa las hojas secas, desgarras las ramas muertas, empuja las naves a su destino, redobla la velocidad del corredor, disipa brumas, renueva atmósferas detenidas, tráenos el frescor de tu morada.

Desde nuestra mudez impotente queremos escuchar tu alabanza; nuestra nada aspira a la plenitud de tu canto. Nuestro balbuceo pretende aprender de ti:

cómo se celebra al Padre,
cómo se alaba al Hijo,
cómo adorarte a ti mismo, Espíritu de amor.
Guitarra sonora de Dios,
tambor de las profundidades de sus entrañas,
flauta que no nos cansamos de oír.

No hay música que se asemeje a tu gloria, Trinidad santa, de la cual somos aprendices y exploradores.

Junto con todos nuestros hermanos ahora te invocamos de nuevo, Aliento de todas las cosas, vibración secreta de todo ser, bullir silencioso, llamada escondida, movimiento sereno, aleteo primordial sobre el caos.

Te infundió el Padre en el barro informe de Adán y éste llegó a tener vida y cuerpo amable, belleza y potencia, carne de vida, apta para llegar a ser una sola cosa con la de Eva.

Te sopló Yahvé sobre el mar y éste formó calle para que pudiesen pasar los hijos de Dios, sin daño por encima del abismo de la muerte, para recomenzar perpetuamente la vida nueva en la otra orilla.

Fuiste la entereza y mansedumbre de Moisés, comunicada a los ancianos para guiar y gobernar a los hijos de Israel y que él deseó para todo el pueblo de Dios.

Fuiste espíritu de gozo y alabanza en el joven David, que así ahuyentaba el espíritu de tristeza y soledad de Saúl.

Ungiste al siervo de Yahvé y éste se levantó para anunciar la buena nueva a los pobres, sanar los corazones quebrantados, predicar a los cautivos la liberación, proclamar el año de gracia del Señor, devolver la vista a los ciegos, consolar a los que lloran y dar alabanza en vez de espíritu abatido.

Soplaste, espíritu de los cuatro vientos, sobre el campo de huesos muertos y estos revivieron.

Fuiste voz de los profetas, ánimo dilatado para los reyes y llama que consumía los sacrificios de los sacerdotes.

Tu esperanza transfiguró el exilio, allanó el retorno y reconstruyó el templo.

Y tu sombra cubrió a la Virgen para que llegase a ser la Madre de Nuestro Redentor,

a quien aclamamos y reverenciamos,
a quien seguimos y anunciamos,
para quien vivimos y morimos,
Jesucristo, Hijo y Señor.